

La gema de las almas

Daniel Bolívar



Image not found.

Capítulo 1

La Gran Conflagración

¿Te has preguntado alguna vez, qué es lo que hace al ser humano superior a todos los otros seres vivos? Algunos dicen que es el libre albedrío, esa capacidad de decidir qué hacer y qué no. La capacidad de ser totalmente diferentes el uno del otro. Eso, es lo que nos convierte supuestamente en seres "superiores".

Pero muchas veces esa misma habilidad puede jugar en contra de la humanidad. El odio hacia otros, por ser diferente, por creer en algo distinto, o por simplemente no ser de su agrado. Ha llevado a los seres humanos casi al borde de la extinción. Es el desprecio, capaz de llevarnos a tal punto de cometer atrocidades. Poniendo en duda, nuestro puesto como seres superiores, volviéndonos peores que las bestias más salvajes.

El ser humano acaba con todo aquello que teme, y temen, aquello a lo que no comprenden. Todo lo quiere juzgar, todo lo quiere vigilar, manejar y manipular a su antojo y decisión. Descomponiendo sus almas con su saliva y corrompiendo sus cuerpos con sus actos. Los seres humanos harán lo que sea, para obtener aquello deseen. Y si lo consideran necesario, pasaran por encima de sus similares.

En este mundo azotado por la guerra, existen tres grandes naciones: Agne, Arno y Zeul; Agne, nación donde habita la magia. Arno, nación de gran avance tecnológico. Y Zeul, la nación donde los exiliados de las anteriores tierras han arraigado sus vidas, olvidando completamente sus diferencias. Los tres reinos han vivido en guerras. Estas, ya han durado mucho tiempo. Los orígenes y las causas, se las ha llevado el viento. Olvidadas ya, la única razón por la que la esta gran conflagración continua, es por el odio mutuo que se tienen la mayoría de los habitantes de los reinos de Agne y Arno, incitados por la trivialidad y el egoísmo.

La pobre nación de Zeul, ha tenido que sufrir por un conflicto que no le pertenece. Las personas salen de sus casas, abrazándose, con el temor de no poder saber si volverán a ellas con vida. Su más grande terror, es el de nunca más, volver a ver a sus seres queridos otra vez.

Aunque a muchos no les gusta la guerra y desean que esta acabe, ninguno es capaz de hacer nada para que esta acabe, solo se quedan sentados sin hacer nada, mientras más y más personas mueren en esta inútil carnicería.

Es extraordinario ver, como seres de la misma especie sean capaces de matarse entre sí por motivos tan banales, más este es el diario vivir. Si eres de alguna de estas naciones, el dolor y la muerte se han vuelto parte de la vida cotidiana.

Resulta imposible esperar a que las disputas se resuelvan por si solas, es altruista llegar a pensar que los líderes de las naciones llegaran a un acuerdo mutuo por el bien común. A veces el mundo necesita un incentivo para moverse, algo que produzca un cambio significativo por un bien mayor.

Tal vez este estancamiento de la guerra, necesite de algo que la termine, tal vez y solo tal vez. Un mal mayor, uno que amenace a todos por igual, sea la solución que acabe de una vez por todas, con esta inútil guerra sin fin.

Capítulo 2

El Desconocido

Un desconocido llegó a la ciudad de Rent, justo después del mediodía. Atravesó a pie la gran puerta del muro oeste, en conjunto con varias personas, homelianos y carretas. Dejando atrás el camino de gravilla, rodeado del lóbrego y verdoso bosque de Eusol.

El desconocido se quedó observando la ciudad intentando reconocerla. Percatándose, de que los muros de la localidad mostraban las cicatrices que la *Segunda Guerra* marcó en ellos. A pesar de su fachada antigua, estos parecían ser resistentes. Se erigían imponentes.

La tarde era caliente, como si el astro flameante se encontrara más cerca de lo normal. Aquel extraño se hallaba envuelto en la sombra. Un manto oscuro lo cubría de sol y una capucha, lo ocultaba de las miradas de los habitantes de la ciudad; del capuchón se le escapaban algunos unos mechones plateados.

Justo al entrar en la ciudad, un hombre de avanzada edad se acercó al lugar donde él se encontraba. Caminaba encorvado, apoyado de un bastón.

—Buenas tardes mi señor, permítame presentarme. Soy Raest de Kor, guía de la ciudad, a su servicio —El anciano hizo una reverencia.

Raest había perdido gran parte de su cabellera y el poco cabello que le quedaba, era muy fino. Ostentaba de una larga barba nevada, trabajada en un delicado trenzado. A pesar de su edad, el anciano gozaba de unos músculos bien marcados. Algo muy común en los obreros y herreros.

El encapuchado dirigió su atención a Raest. Le echó un vistazo y luego enfocó su vista a los guardias que andaban por la zona.

El anciano comenzó a hablar, pero aquel desconocido tenía su atención puesta en los guardias. Observó con detalle, a uno que rondaba cerca de la puerta oeste. Poseía sobre su blanco uniforme, una singular armadura de tonalidades blanquecinas con franjas azules y en sus brazos, llevaba algún tipo de rifle que hacía juego con la excéntrica armadura.

Dirigió nuevamente su interés a Raest. El anciano continuaba hablando.

—... Y después de visitar las minas luminosas de Egda, le daremos una gema de lumina como recuerdo. Luego, lo llevaremos a la posada de

Becker, donde tendrá el mejor de los hospedajes.

Al no recibir respuesta alguna, el anciano añadió:

—Claro, a un módico precio.

— ¿Qué es esa extraña armadura que tienen algunos guardias sobre el jubón acolchado? —preguntó mientras señalaba al guardia que acaba de observar, ignorando por completo las palabras del anciano—. ¿Y ese singular rifle que lleva en sus manos? Estoy seguro, que no funciona como los rifles de pólvora.

Raest volteó a ver en dirección donde miraba el desconocido. El anciano observaba al guardia.

—Eso mi señor, son exoesqueletos. Quienes lo utilicen, se les otorga una velocidad inhumana y una fuerza descomunal. Y tiene razón, esos rifles son diferentes a los de pólvora, pues disparan esferas de energía verde que al impactar con algún objetivo, paraliza al instante con una buena carga de electricidad. También existen otros tipos de municiones. Todo esto fue creado para hacer frente a diversas situaciones y hacer la vida cotidiana, más fácil. Son inventos de *La Legión*. Desarrollaron esos artefactos y más; como las naves aero-transportadoras, o esas pequeñas monturas individuales, que se elevan a cierta altura en el aire —El anciano apuntó a varias naves, que asumían la altura y anchura del torso de un caballo. Colocó su vista nuevamente en el extraño hombre. Aunque manto le cubría gran parte del rostro, el anciano notó la mueca de disgusto que este hizo.

—Pero siendo sincero—añadió—. Pienso que tales artilugios no pueden existir en un mundo dominado por la magia. Creó que así piensa usted, mi señor. El encapuchado asintió.

Introdujo su mano dentro del manto, mostrando varias bolsas de cuero, un pequeño laúd y una espada envainada. Hurgando en una de sus bolsas, sacó cinco monedas de oro y se las dio a Raest.

El anciano examinó las monedas. Un cuervo con las alas extendidas, resaltaba de la plana pieza. Raest estaba en un trance, pasaba los dedos por el relieve de aquellas monedas. Volvió en si cuando el encapuchado le habló.

—Dime donde se encuentra la plaza.

—Esta al oeste, pasando el mercado mi señor —El anciano señaló un espacio abierto, al lado de varias edificaciones. Se encontraba repleto de un sinfín de quioscos. El desconocido observó la gran cantidad de personas en ese lugar. También logró ver una inmensa fortaleza de forma

pentagonal. Se ubicaba en el medio de la ciudad.

Sin dirigir ninguna palabra o algún gesto de agradecimiento, el encapuchado dirigió su rumbo al mercado.

— ¡Mi señor! —gritó Raest.

El hombre se detuvo y desvió su mirada hacia el anciano. Raest caminaba hacia el, a paso rápido.

—Alguien como usted —agregó—. No puede pasar por desastroso lugar. Quien sabe lo que le sucedería, posiblemente lo robarían o quizás, podría pasarle algo muchísimo peor. Rodee el mercado por la izquierda. —El anciano le mostró una vía, por la cual transitaban las carretas, junto a varias personas y homelianos; algunos similares a los felinos: desde leones, tigres y demás fieras, con pelajes de diferentes colores. Y otros con apariencia canina: de distintos tamaños, formas, contexturas, y con pelajes muy diversos—. Es mucho más seguro. En el mercado pasan cosas terribles, como la vez que...

—Raest —pronunció tajante el encapuchado, sin dejar terminar lo que el anciano iba a decir.

— ¿Sí? —preguntó Raest.

—Cállate.

Y nuevamente, el extraño hombre se encamino al mercado, haciendo caso omiso a las palabras del anciano.

Raest guardo las monedas en su bolso y se giró en dirección a la puerta oeste, en espera de otro desconocido al cual ofrecerle, su servicio de guía.

El Mercado era un caos; multitud de personas que iban de un puesto a otro, producía que fuera dificultoso caminar por el sitio, en conjunto al ruido de las voces: de alguien regañando a su hijo por tocar los dulces en un puesto, de otra persona quejándose del precio de las armaduras y el de un vendedor anunciando, que su mercancía era mucha más barata que el de su camarada.

En aquel lugar, había quioscos todo tipo, de diversas formas y colores. Desde carros de madera, carretas tiradas por caballos, hasta estructuras parecidas a tiendas de campaña. En los diversos tenderetes, estaban expuestos diferentes tipos de flores, prendas, armas, frutas, comidas,

instrumentos musicales y muchos otros curiosos objetos.

Se lograba sentir en el ambiente, el olor a sudor de los presentes. Era fuerte y se mezclaba con el olor de los lirios y claveles; e incluso se distinguía en aquel extraño perfume, el apetecible aroma del pan recién horneado, exhibiéndose mientras se enfriaba en algunos puestos de comida. También llegaba el aroma a carne y pescado, que se preparaba en algunos puestos.

El encapuchado se detuvo en un tenderete de alimentos, agarró tres manzanas verdes y guardó dos en una bolsa de cuero vacía. Sacó una moneda de plata y se la dio al mercader. Prosiguió su camino, dando un mordisco a la manzana que tenía en sus manos.

Observaba minuciosamente los puestos, al gentío que entraban y salían de ellos. Se fijó con detalle en los guardias. Algunos llevaban una armadura de hierro, otros vestían prendas livianas. Y luego estaban, los que usaban el aparato de La Legión.

El desconocido vagaba por el atiborrado lugar. A pesar del gran bullicio del mercado, comenzó a percibir una música. Se escuchaba algo lejana. A medida que se acercaba a la salida del mercado, más enérgica se volvía la música. Se percibían varios gritos y cantos. Opacaron poco a poco, la bulla del lugar.

Distinguió a lo lejos a algunas personas danzando.

Alcanzó casi el final del mercado. El desconocido observaba a la multitud, con trajes de colores e instrumentos musicales.

Era un festival, en honor a la Diosa Agnes. Los fieles adoradores, se encontraban cerca del puerto. El olor del mercado había sido remplazado y se olía nuevamente el aroma a sal y el pescado. La melodía había cesado, dando por finalizado el festival. El encapuchado escuchó a las olas chocando contra el desembarcadero. Y logró a observar, como caían los restos del embravecido mar, cerca de aquel festival.

Si tan solo supieran los que se avecina.

La salida del mercado era un callejón estrecho. Se encontraba arreglado con flores debido a la festividad. Al final del callejón, estaban dos homelianos. Uno poseía la apariencia de un bulldog anciano, de estatura baja. Llegó luciendo su espada.

El otro se asemejaba a un oso, de un cuerpo robusto y su pelaje, era tan oscuro como el carbón. Era mucho más grande que su compañero, y que

el desconocido. El extraño hombre se dio la vuelta para regresar. Cuando apareció un tercer homeliano.

Lucía una buena figura. Su aspecto era el de una tigresa y su pelaje, blanco como la leche.

Sobre su grácil cuerpo, poseía un exoesqueleto algo tosco. Parecía anticuado, en comparación con el de los guardias.

Desde un puesto de dulces, apareció otro homeliano. Era un canino, con apariencia de labrador. El pardo de su pelaje era intenso e iba acompañado de algunas manchas blancas, aparentaba ser el más joven de todos. Traía sobresus garras una lanza. Estos dos últimos, se encontraban más cerca del hombre de túnica oscura.

Entre ellos cuatro, obstruyeron el paso al encapuchado, quien tranquilamente terminaba de comerse la manzana, como si aquella situación no le afectara.

—Me temo —dijo el homeliano anciano—. Que no puedes pasar por aquí, sin antes pagar una tarifa.

El enorme oso clavaba su vista llena de furia, al hombre que se mantenía oculto con el capuchón.

—Solo tienes que darnos todo lo de valor y no saldrás lastimado. No mucho —dijo dulcemente la tigresa, con un tono burlón.

El encapuchado lanzó los restos de manzana hacia la felina. Esto, desató su furia.

— ¡Infeliz! —exclamó la tigresa, con las venas de su cuello hinchadas— ¡Se burla de nosotros! ¡ Ya veras lo que es bueno! ¡Greg es hora de darle una lección a este malviviente! — dijo señalando al hombre que se encontraba oculto, bajo el manto de sombras.

La multitud del mercado y la del festival, se detuvieron a mirar el conflicto. El oso dio un paso hacia delante, siendo detenido por el homeliano anciano.

—Cálmate Greg —dijo el canino al úrsido, mientras colocaba el brazo derecho por delante del imponente oso. Luego lanzó una mirada llena de cólera a la felina—. Tranquilízate tú también Kalel. Aprende a controlar tu ira. No queremos la sangre de alguien inocente en nuestras manos. Dejemos que el encapuchado nos de sus posesiones tranquilamente. Al fin y al cabo, esto no es un robo, solo es una tarifa de

paso.

La tigresa lanzó un gruñido.

—Que te dije Noran, Yaltra le quita lo divertido al trabajo—respondió de mala gana Kalel, hablando con el canino que se encontraba a su lado. El homeliano que se encontraba cerca de ella asintió.

Greg aún incrustaba sus ojos sobre el encapuchado. Este, saco algo de su manto. Una bolsa de cuero y una espada, la cual era oscura como la noche. Les enseñó la bolsa a los homelianos, la hizo tintinear y la dejó caer al suelo. Empuñó su espada con la mano derecha, haciendo un ademán con la mano libre, para que fueran a por él.

La multitud que se encontraba a los alrededores observando, se dispersó rápidamente. Conocían lo que iba a suceder. Solo pocos se quedaron para curiosear. Kalel con el rostro ensombrecido, gritó:

— ¡Yaltra, no puedo aguantar más! —Presionó un botón que se encontraba en su pecho. Del exoesqueleto, brotaba constantemente un humo gris en varias direcciones, que desaparecía al instante. Emitía un chirrido al mínimo movimiento.

— ¡Maldita sea! —gritó Yaltra—. ¡Cuando terminemos con esto, te espera una muy buena Kalel!

Sin mediar palabra, Kalel se arrojó sobre el encapuchado. Le siguieron el resto de los homelianos. Noran arrojó su lanza en dirección al desconocido. Este la esquivó, con una rápida voltereta.

Greg soltó un poderoso rugido, que haría temblar a cualquiera y se abalanzó en dirección al encapuchado, le siguió el canino anciano.

Kalel fue la primera que se acercó, dio un zarpazo con la garra derecha. El hombre giró rápidamente a su izquierda, esquivando el golpe. Dio un tajo horizontal a la felina, directamente al cuello. Instintivamente Kalel alzó su brazo para defenderse.

Se escuchó el crujir de los huesos.

La sangre salpicó el suelo y a la túnica del hombre. Kalel se encorvaba y gritaba del dolor en el suelo. Su brazo derecho se encontraba a unos centímetros de ella, en un charco carmesí oscuro, que se agrandaba lentamente.

A Noran le empezaron a temblar las piernas. Greg lanzó otro rugido penetrante, iba por delante de Yaltra. El encapuchado levantó su mano izquierda y de ella emergía una irradiación escarlata. La apuntó en

dirección a Greg. El oso se preparaba para embestir al encapuchado, mostrando sus garras y dientes afilados.

Una explosión de luz y fuego lo envolvió. Expulsándolo bruscamente hacia atrás, llevándose consigo a Yaltra. Chocaron contra un pequeño puesto de instrumentos musicales, colapsando la tienda.

El úrsido surgió con un rugido de los escombros, varias partes de su pelaje se encontraba chamuscado. Yaltra yacía inconsciente entre los restos del quiosco.

Sin pensarlo, Greg se arrojó nuevamente en dirección del hombre que lo había hecho volar. Comenzó a articular unas extrañas palabras mientras corría hacia el encapuchado, quien se mantenía firme en su lugar.

— ¡Detente Greg! —gritó Noran. Más el úrsido, o lo ignoro o no lo escucho. El desconocido levantó de nuevo su mano izquierda hacia el oso, de ella nacía una luz plateada que se extendía por todo su brazo. Greg dejó de murmurar y en sus ojos, sus pupilas se desvanecieron. El encapuchado dio dos pasos hacia delante. Había comenzado a bosquejar unos difíciles signos en el aire.

Repentinamente sintió un dolor en el muslo. Haciendo que se desestabilizará. El brillo de su extremidad había desaparecido, junto a lo que había dibujado. Cayó de rodillas soltando su espada. Empezó a tocar su pierna y palpó algo macizo. Lo arrancó bruscamente. Era un puñal.

Escuchó una carcajada a su lado, seguida de un quejido. Kalel estaba tirada en el suelo, y aún brotaba sangre de su herida. El dolor de la puñalada hizo que el encapuchado se olvidara de Greg por un instante. Alzó su brazo nuevamente hacia Greg, quien ya se encontraba a escasos centímetros de él.

El úrsido lo embistió con toda su fuerza y al mismo instante, él activó su hechizo. Los expelió a todos, incluyéndolo.

El hombre salió volando hacia atrás, estrellándose con Noran. Greg se elevó varios pies sobre el suelo, cayendo donde se localizaban el resto de las personas reunidas, haciendo que estas se dispersaran. Y Kalel chocó contra un quiosco de prendas y su brazo cortado, terminó cerca del lugar donde estaba desmayado Yaltra.

Al desconocido le costó un poco en levantarse. Ya no permanecía encapuchado, dejando al descubierto su cara. Su piel era totalmente pálida y en su rostro descolorido, mostraba facciones bien marcadas. Una cicatriz le surcaba el ojo derecho de manera perpendicular. Su cabello era

largo y lo traía anudado con una gruesa cola de caballo. Guardó en alguna parte de su túnica el puñal que Kalel le había clavado.

A pesar del miedo que le invadía, Noran se levantó rápidamente. Fue en dirección hacia el hombre de cabellos plateados con el puño arriba. Este elevó su mano, lanzando un rayo violeta hacia el homeliano. Atravesando el hombro de canino. Noran cayó al suelo y lanzó un alarido.

El hombre empezó a observar todo el lugar, divisó su espada cerca de Noran. Agachandose a recogerla, dibujó en su rostro una sonrisa malévol. Noran levantó su mirada hacia el extraño. El homeliano se quedó presó del miedo, y se desvaneció.

A lo lejos se escuchaban varios chillidos débiles, del sonido del metal chocando contra el piso. El desconocido percibió el ruido y distinguió a varios guardias buscando en la zona. Pasó algunos segundos analizándolos y examinó el lugar nuevamente con un rápido vistazo. Notó que tanto Kalel y Noran, ya no estaban. Empezó a buscarlos con la vista por toda la zona, pero no halló nada. Era como si se hubieran evaporado, pues no encontró ni un rastro de sangre.

El fluido rojo adornaba todo el lugar.

Los guardias llegaron al lugar donde se libró el pequeño conflicto.

— ¿Qué tenemos aquí? —Se preguntó un guardia, quien poseía un uniforme diferente del resto, con el mismo conjunto de colores. Tenía las mangas de su camisa remangadas, haciendo que se notaran sus venas. Varias cicatrices se encontraban marcadas en sus brazos. Su cabello era oscuro y en algunas partes de la cabellera se divisaban algunas canas. Se dirigió al lugar donde se encontraba inconsciente el úrsido.

—El despiadado Greg —añadió mientras lo miraba en el suelo. Prestó atención al desconocido, quien envainaba su espada. Notó que varios de los guardias que lo acompañaban, apuntaban al hombre de cabello argentado. Este hizo un gesto con las manos y todos dejaron de apuntarle. Se captaba claramente que estaba al mando.

— ¡Capitán, encontramos a Yaltra el tramposo! —exclamó uno de los guardias al revisar el tenderete destrozado. El capitán sonrió.

— ¡Pelo plateado! —gritó el capitán. El desconocido posó su vista en dirección al hombre que le llamaba.

— ¿Tú hiciste esto? —preguntó mientras señalaba al cuerpo desmayado del homeliano.

El desconocido asintió. Se acercó donde se encontraba el oficial. El capitán contempló los ojos del extraño hombre, tranquilos y serenos. El color de sus pupilas era singular. La pupila izquierda era de un carmesí intenso, y la derecha, totalmente albino. En ellos había algo siniestro. Los ojos del desconocido le transmitieron unas vibraciones por el cuerpo. Un escalofrió le bajó por la espina dorsal al capitán.

El oficial continuó observando el lugar, notando el brazo cubierto del fluido escarlata.

— ¿Y esa brazo? ¿Había alguien más? —preguntó de nuevo el capitán al desconocido.

—Dos más —respondió con tranquilidad el hombre—. Uno tenía aspecto de una tigresa, blanca como la leche —El capitán observó nuevamente el brazo cortado—. El otro, era semejante a un canino, de color pardo oscuro y algunas manchas. No sé, ni me interesa a dónde fueron.

—Kalel la inmoral, también estaba aquí —Señaló a cinco de sus hombres—. Ustedes, busquen por los alrededores. No deben haber ido lejos.

— ¡Si capitán! —Expresaron a una sola voz los escogidos y se marcharon.

— Ese último que describes —prosiguió el oficial—. No tengo idea de quien sea, quizás un nuevo integrante. Debo decir que existe un galardón por ellos...

—No me interesa —respondió cortante el desconocido, al tiempo que se colocaba la capucha. Echó un vistazo hacia el cielo, notando que las nubes empezaban a tener un color cobrizo y lentamente se iba convirtiendo en un atardecer.

—He perdido mucho tiempo combatiendo contra esta plebe —añadió. El encapuchado se encaminó hacia la plaza, la cual se encontraba cerca de allí.

El pelo plateado sintió que alguien lo aferró del brazo.

Era el capitán, quien lo sostenía fuertemente. Lo arrancó con fuerza de la mano de este.

—Muéstrame el símbolo de tu gremio —Le ordenó el capitán, al tiempo que su cara adoptaba una expresión llena de irritación.

— ¿Y qué pasaría si no lo hago? —preguntó desafiante el encapuchado.

El capitán hizo otro gesto con la mano y señaló hacia el hombre. Todos los guardias, apuntaban sus armas hacia el desconocido, quien observó a todos los guardias presente.

—Un solo hechizo y todos tus hombres se vuelven ceniza —dijo tratando de provocar al capitán.

—A mí no intimidan tus amenazas, mago de baratija. Atrévete y saldrás de aquí en una urna. Ahora. Te di una orden. Muéstrame el símbolo de tu gremio.

El encapuchado de muy mala gana, alzó la parte del manto que le cubría el brazo izquierdo. Exponiendo una marca ovalada en el antebrazo; dentro de ella, una araña con ocho patas alargadas y con hojas afiladas en la punta de estas.

—Conozco ese símbolo —dijo el capitán—. Los miembros de ese gremio se creen superiores a todos. No me importa quien seas, ni lo que vengas a hacer aquí —El capitán hizo de nuevo un gesto con la mano y los guardias guardaron sus armas. Hubo un corto silencio. Era denso y pesado. El capitán se volteó, mostrando en el reverso de su cabeza, una placa de acero desde su cuello hasta la nuca. Se disponía a retirarse, cuando se volvió al encapuchado.

—Pero si haces algo, cualquier cosa que afecte la tranquilidad de este lugar. Juro que yo, Zader Galia. Iré a por ti y te exterminare como la plaga que eres —El capitán fijó su mirada llena de enojo al hombre de la túnica—. A la gente de tu clase, no se le puede tener compasión. *Los Segadores* son unos malditos sanguinarios, no les importa ni un poco, las vidas de los inocentes. Les es indiferente quien muera, con tal de demostrar su superioridad.

El extraño bosquejó forzosamente una sonrisa. Asintió y se marchó.

Una vez estuvo fuera de la vista de los guardias, Zader le expresó a sus subordinados:

—Hay que vigilar a ese hombre.

— ¿Por qué capitán? —preguntó uno de los guardias. Traía ornamentas diferentes al resto. Su complexión era pequeña, pero robusta. El cabello castaño sobresalía bajo su yelmo.

—El solo —continuó el guardia—. Ha podido contra cuatro de los peores criminales, y acabó sin ninguna herida grave. Ni una. Y a estos dos, los ha

dejado inconscientes capitán.

— Exactamente —replicó Zader—. El gremio al cual pertenece, no tiene misericordia hacia nadie. Con solo un hechizo, pudo haberles arrancado la piel de los huesos, pudo haberlos calcinados, pudo haber hecho muchas cosas para acabar con ellos. Pero no, no ha hecho nada. Aún. Eso me inquieta, debe planear algo grande. No sé si han escuchado las nuevas, pero los magos han destruido ya varias ciudades de Zeul. Ellos llevan ese mismo emblema con orgullo. No quiero ver mi hogar reducido a ruinas —Lanzó un largo suspiro y reanudó—. Tengo un mal presagio. Necesito que le vigilen. Lévense a estas escorias a calabozo. Y esperemos que los otros, hayan capturado a los fugitivos.

Capítulo 3

La Sentencia

Raest atravesó la puerta de la taberna de Royk, ya no caminaba encorvado.

El local se encontraba repleto de un gentío y de un escándalo, por parte de los hombres del mar, quienes cantaban las canciones que aprendieron en sus viajes. Pasó frente a varios lugareños, quienes tragaban cerveza directamente de la jarra. Bebían como si el mundo se fuera acabar. Las voluptuosas muchachas que repartían la cerveza, se notaban hartas. Estaban exasperadas de que los embriagados clientes, abusaran de ellas, confundiéndolas con las del fácil vivir. Más de uno se ha llevado una buena sorpresa, cuando las muchachas les golpeaban fuertemente en la cabeza. El olor a rancio invadía el ambiente.

Dentro de la taberna hacía un calor insoportable. Raest se secó el sudor de su frente con su mano mientras avanzaba hacia el mostrador. El ventero le observó mientras limpiaba varias jarras de cerveza.

— ¿Qué desea?

— Cinco monedas de plata. Cinco monedas de oro —respondió el anciano, con una voz grave—. Desconocido para la muerte, ni conocido para esta vida. Solo anhelo que mi final se acerque. Para que mi alma descansa cuando mi cuerpo muera.

El posadero prestó atención a toda la taberna. Luego de comprobar el sitio, le hizo un ademán con la cabeza a Raest. Caminó hacia donde estaban amontonados los barriles de cerveza. El anciano le siguió.

Llegaron a una chimenea. El ventero se adentró en ella y sacó de su camión una llave. La encajó en una cerradura, que se encontraba oculta en el hollín.

Una luz leve apareció a través del hollín de paredes, revelando una puerta oculta. El anciano entro a la chimenea, abrió la puerta y desapareció al pasar por ella. El posadero cerró la entrada, volviendo a girar la llave. Y la puerta luminosa, así como se mostró, así se ocultó.

Raest llegó a la trastienda. Se encontraba parcialmente iluminada por un fogón. Allí no se escuchaba el bullicio de la taberna.

Una mesa se encontraba en medio de aquel lugar. Encima de ella estaba una espada, una daga plateada y una jarra cristalina, repleta de un líquido amarillento. A la mesa de la estancia estaba sentado un hombre. Tenía el cabello desordenado, rojo como la sangre y su cabellera estaba rodeado por un pañuelo blanco. Traía sobre él una armadura de color negro azulado y un anillo de plata, con una gema de lumina incrustada. En sus brazales, sobresalía la figura de un cuervo con las alas extendidas. El anciano conocía perfectamente ese emblema, era el símbolo de la familia Garvan.

El bermejo observaba como el anciano entraba al cuarto, con sus ojos apáticos de color esmeralda.

— ¡Aleeid! —exclamó el pelirrojo mientras daba un golpe a la mesa, derramando un poco del licor que había en la jarra. El pelirrojo se levantó de su sitio y alzando los brazos, recibió con un caluroso apretón al anciano.

— ¿Que nuevas me traes? —preguntó dándole una palmada en la espalda muy animado—. Tengo curiosidad ¿A quién le quistaste esa barba?

Lanzó una fuerte carcajada y prosiguió:

— ¿Cómo debo llamarte ahora?

— Soy Raest de Kor. Y eso muchacho —dijo Aleeid al tiempo que se sobaba la barba—. No es de tu incumbencia. Mejor hablemos de las nuevas.

El bermejo asintió. Sacó una silla de la mesa y se la ofreció a su amigo.

Cuando el anciano terminó de acomodarse en el asiento, lanzó un pequeño suspiro. El individuo de cabello rojizo le ofreció la jarra. El anciano negó con su cabeza, esto hizo que el pelirrojo enarcara una ceja de asombro.

— Dime las nuevas—añadió. Parecía algo ansioso.

— Se dirige a la plaza de la diosa—respondió el anciano—. Como siempre va solo. Por obra de la Diosa *Kaela*, fui yo quien hablo con el. Creo que me reconoció, me dio estas cinco monedas de oro—Aleeid le enseñó las monedas al pelirrojo.

El pelirrojo las observó y comprobó, que eran las monedas de su reino.

— Desconozco el por qué no me asesino. Creo que quiere verte. Ross, Hay algo extraño y diferente en él. Te pido que dejes que te acompañe, sabes muy bien que aún no estas a su nivel, pero entre los dos, podemos

hacerle frente ¿Qué te parece?

—Una mala idea —El pelirrojo dirigió una mirada fría hacia Aleeid. Le dio un sorbo a la bebida y se limpió los restos de espuma en su boca y continuó:

—Esto es algo que solo yo puedo hacer. He entrenado durante quince años, volviéndome más capaz, más hábil. He dominado un camino de la magia. *Verkcegels*, el camino de la destrucción. He sobresalido en el arte de luchar con la espada. Me distingo en habilidades con las que un humano cualquiera, soñaría. Sabes bien que he mejorado mis capacidades. Ahora no podrá vencerme.

— ¿Así como la última vez que luchaste contra él? Recuerdo que dijiste exactamente lo mismo. Y el resultado, pues...

— Esa ocasión fue diferente, aún era inmaduro. Mi rencor hacia él, me domino. Ahora soy otro. El Ross que conocías hace tiempo que ha muerto.

Aleeid se levantó de su sitio. Y agarrando su asiento, caminó alrededor de la mesa, terminando donde estaba sentado Ross. Colocando su silla al lado del pelirrojo.

— Fallarás y lo sabes perfectamente —dijo el anciano de manera brusca—. Tu no controlas tu ira. No le llegas a la altura muchacho. Él es un maldito innato, nacido bajo la bendición de los dioses. Cosa que tu...

— Aleeid, no hables más. Sabes perfectamente que no creo en ninguno de los dioses. Para que te calles de una vez, te traeré su cabeza Y tendrás que tragarte tus palabras —manifestó al tiempo que se levantaba de la silla y colocaba la espada en su cinturón—. Vengare a mi padre, a mis hermanos y a mi reino. Hare que su sangre corra por mi espada y mis manos —El pelirrojo apretó sus puños intensamente.

— Como lo veo yo, la única sangre que tendrás en tus manos será la tuya. Muchacho, todavía te falta aprender. Se prudente. Hemos estado juntos casi treinta años, superando los miles de obstáculos que se nos han presentados. Le he servido a tu padre desde antes que nacieras, y ahora te sirvo a ti. Por favor, escúchame hijo, lo digo por tu bien ¿Acaso crees que no quiero vengar a mi rey?

Hubo un silencio incomodo en la habitación. Ross aferró la daga y la ocultó en su brazal izquierdo. Dio un gran sorbo a la jarra y la dejó caer fuertemente sobre la mesa vacía, derramando aún más el líquido ambarino. Aleeid siguió hablando:

— Te diré cuál es tu problema. —El anciano subió el tono de voz—. Tu problema es tu temperamento. De dejarte llevar por el rencor. Que sea el resentimiento el que domine sobre tu vida. Estas tan enfrascado en vengarte, en desquitarte, que olvidas todo lo que te rodea. Todo. Olvidas tus principios, tus ideales. No será él quien acabe contigo muchacho, será tu rencor lo que te destruirá.

Ross clavó la mirada al suelo. Aleeid conocía muy bien al pelirrojo. Sabía perfectamente que palabras utilizar, para que fueran golpes contundentes al orgullo de Ross. El anciano se levantó de la silla y posó su mano en el hombro de Ross. Este la rechazó y caminó hasta la puerta.

— Bien, ve solo ¿Qué hago en caso de que no vuelvas? —preguntó disgustado Aleeid, antes de que Ross atravesara la salida. El muchacho giró su cabeza.

— Encuentra mi cuerpo y venga mi muerte.

Y se marchó sin despedirse de su amigo.

Aleeid lanzó un fuerte resoplido. Acercó su silla hacia el fuego y sacó de un bolso cercano al fogón, una pipa color púrpura, en conjunto con unas hojas de tabaco y una pequeña pinza. Introdujo con su dedo, las hojas dentro de la pipa. Y con una pequeña braza que agarró de la chimenea, la encendió. Dio varias bocanadas lentas. El humo brotaba de su boca. *¿Cuándo será el día en el que actúes con prudencia muchacho?*

— Volverás en una pieza muchacho. Eso espero —se dijo a sí mismo, mientras degustaba del tabaco.

Cuando hubo terminado de fumar, dejó que la pipa se enfriara un rato. Escuchó el rechinar de la puerta. Y sin voltearse a ver quién llegó. Hablo.

— ¿Tan rápido regresas muchacho?

— ¿Muchacho? —preguntó confundida una voz femenina. Aleeid completamente intrigado, se giró en dirección dónde provenía la voz armoniosa que acaba de oír.

La plaza era redonda, totalmente vasta y sin embargo, la multitud se encontraba aglomerada alrededor, y dentro de ella. Todas las personas se mantenían en silencio, mientras escuchaban el rasgueo del laúd. Era el desconocido quien con una hermosa voz, recitaba las historias del continente: de cómo fue la *Era Oscura*, de las leyendas que recorrían todo

el mundo y de las increíbles maravillas, con las que los dioses han bendecido a esta tierra.

Iba sin el capuchón, las tres lunas le alumbraban sobre la cabellera plateada, haciendo que emitiera un resplandor.

El pelo plateado se encontraba en medio del lugar, de pie al borde de una fuente; en el centro de aquel pequeño manantial se hallaba la estatua de la diosa *Agnes*.

La muchedumbre permanecía sobre el extenso césped frondoso, espeso y de un verde intenso. Se hallaban alrededor de la fontana, en las cercanías de los diversos árboles y flores, que adornaban el lugar.

El desconocido aún continuaba entonando las melodías del mundo. Y la gente seguía pidiéndole más y más canciones. Cuando hubo terminado el sonido de las cuerdas, guardó su pequeño laúd. Observó a su alrededor, divisó al capitán Zader y a sus hombres fuera de la plaza. Cuando hubo terminado de visualizar todo el lugar, habló.

— ¡Residentes de Rent! ¡El hecho de que se encuentren reunidos aquí, Es obra de la Diosa *Kaela*! —gritó el hombre, al tiempo que las personas le miraban desconcertados—. ¡Habitantes perdidos de Rent! ¡Es mi deber guiarles por el camino correcto!

Los residentes mascullaban los unos a otros, confundidos con lo que acababan de escuchar.

— ¿De qué camino hablas? —preguntó alguien que se encontraba cerca de él.

— El camino de los dioses, ustedes les han fallado —respondió al hombre que le hablo, luego posó su vista en las personas reunidas y gritó—. ¡Por sus faltas, les ha llegado la hora de la indiferencia y la locura!

Las personas enmudecieron unos pocos segundos. Luego empezaron a lanzarle cosas al desconocido. Esto provocó que los otros reunidos empezaran a expresarse, mediante gritos, manifestaron su desacuerdo.

— ¡Lunático religioso! —Empezaron a gritar las personas—. ¡No nos quedaremos a escuchar la mierda de este maldito demente!

El desconocido permanecía inmutable, aquel abucheo no le afectaba en nada. Su brazo brilló con una luz purpura. Se dispuso a dibujar unos extraños y complicados símbolos en el aire.

El tumulto cesó de golpe. Las personas miraban con pánico al extraño. Todos corrían lejos de él, golpeándose entre sí en el escape. Ante la

huida, varias personas quedaron tendidas en la yerba.

Los magos que acompañaban al capitán, se sintieron aturridos al sentir la energía que emanaba del desconocido.

—Capitán —dijo uno de los magos

Los símbolos que el pelo plateado había dibujado, se desvanecieron con la brisa.

Miles de hebras resplandecientes, cubrieron la plaza circular, tejiendo un domo cristalino. Las personas chocaron contra la cúpula. Golpeaban con desesperación, gritaban de angustia, lloraban y se quejaban, tratando de encontrar escapar.

— ¡Maldita sea! —gritó el capitán Zader—. ¡Que les dije! ¡Es hora de ponerse en posición soldados! Mal nacido. De esta no saldrás vivo. A mi orden dispáren.

Los soldados se colocaron en hilera, con los rifles en sus manos.

—¡Fuego!

Los guardias comenzaron a disparar los rifles de plasmas contra aquellas paredes transparentes. Chocaban y se desperdigaban alrededor de esta. Al no hacer ningún efecto, el capitán dio la orden a los magos para que atacaran. Los de ropa ligera comenzaron a concentrarse. Un fulgor anaranjado los envolvió, surgiendo las llamas. Formando por encima de ellos, una gran columna de fuego. Due tomando la forma de una gran ave. Parecía estar viva.

— ¡Quítense de los bordes! —gritó el capitán a las personas dentro de la bóveda invisible. Las personas se retiraron de las paredes transparentes.

— ¡Fuego!

Los guardias dirigieron a la criatura de fuego en dirección hacia la cúpula. El formidable pajarraco de flamas, se abalanzó sobre el domo incorpóreo. Chocó contra el muro invisible, explotando bruscamente. Provocando que las llamas se dispersaran a todas partes. La explosión resonó en el interior del domo.

Los magos, volvieron a intentarlo, una y otra vez, pero el resultado fue el mismo. El capitán mando a cesar el ataque.

— Ese malnacido—gruñó Zader—. Fue como lanzarle piedras a una fortaleza. *Piensa Zader. ¿Qué puedes hacer?*

El soldado con ornamentos diferentes al resto, se acercó donde se localizaba el capitán.

— Capitán Zader. Permiso para utilizar otros medios contra la cúpula—dijo el soldado.

— ¿Otros medios? ¿Qué medios?

El soldado señaló el baluarte, que se encontraba a algunos kilómetros de distancia.

— Con los cañones que hay en el bastión, quizás podríamos hacerle una abertura a la cúpula. O destruirla por completo. No lo sabría con certeza. Pero creo que con la situación, no perderíamos nada con intentarlo señor.

— ¡Como no se me pudo haber ocurrido antes! —exclamó el capitán al tiempo que se daba un ligero golpe en la cabeza—. Cabo, si esa idea tuya funciona. Créeme que yo mismo te ascenderé. Dime tu nombre

— Me llamo Terick capitán. Terick Obsidiana.

—Corre al bastión Terick . No creo que las personas que se encuentran adentro, tengan mucho tiempo—El capitán observó la cúpula—.

El Soldado asintió y comenzó a correr. Atravesaba la ciudad a una gran velocidad. Zader lo seguía con la vista, hasta que el joven entro a la fortaleza.

El desconocido seguía inalterable sobre la fuente. La mayoría de la muchedumbre, continuaba tratando de escapar del lugar donde se hallaban. Muchos se habían rendido ante la idea de huir.

— Nos han abandonado. Los guardias nos han abandonado —comenzaron a decir algunas personas— ¡Los dioses nos han abandonado!

Otros murmuraban algo mientras observaban por el rabillo del ojo al desconocido. Este notó su comportamiento. Se dio cuenta de que ellos, se acercaban muy lentamente al lugar donde se hallaba los otros lugareños, mascullaban algo mientras lo miraban con desprecio. No los perdió de vista.

Nuevamente volvió a delinear los extraños símbolos en el aire. Quienes le

miraban de reojo, se quedaron al margen.

—Residentes perdidos de esta ciudad moribunda, ustedes quienes se encuentran reunidos aquí. Están muertos del miedo, con los niños sobre sus pechos. Sus protectores les han fallado y ahora que se dan cuenta, es cuando recurren a los dioses. Únicamente se están quejando «¿Por qué nos han abandonado?» y no se dan cuenta de que es culpa de ustedes mismos. Convirtieron la ciudad en una abominación, en una capital llena de magia y tecnología. Piensan que esos extraños artefactos, los mantendrán a salvo. Ilusos. ¡Son todos unos insensatos! —Se detuvo un rato, lanzó un largo respiro. Observó el horizonte y prosiguió—. Hay que fijarse en que han fallado, desde la *Era Oscura* hasta nuestro tiempo. No han sabido distinguir entre el bien y el mal. Sus pensamientos no son propios. Nunca lo fueron ¡¿Y aun así después de blasfemar, se atreven a suplicar por ayuda?! Estúpidas criaturas, su tiempo ha llegado a su fin y sus cuerpos serán arrojados a la caverna de Aranth.

— ¿Y solo por eso, nos perderemos en la caverna de las tinieblas eternas? ¿Esperando que los hambrientos chacales vengan y se alimente de la carroña de nuestros cuerpos?—preguntó con enojo una mujer, que se encontraba recostada a un árbol—. ¿Por eso estamos sufriendo? ¿Por ser humanos? ¿Por equivocarnos en nuestras decisiones?

Un hombre se levantó de su sitio y los mandos a callarse, que ya era suficiente con lo que estaba pasando y no quería escuchar nada más.

— Así es —respondió ásperamente el extraño, ignorando por completo lo que el hombre le había dicho—. Por eso fui enviado a este lugar, para que ustedes logran ser salvos de nuevo; y logren alcanzar el paraíso, que nuestras deidades nos proveen. Las guerras marcaron y desangraron al mundo entero. El fallecimiento, es el castigo que los dioses nos han impuesto; son los azotes por los pecados que la raza humana ha cometido. *Aranth* cabalga por el continente exterminando a todo ser viviente, dejando miseria a su paso.

Una explosión hizo retumbar todo el lugar, haciendo que los presentes se llevaran sus manos a las cabezas.

El desconocido, aún permanecía dibujando las extrañas marcas. Había notado de donde provenían los proyectiles, procedían de la fortaleza de forma pentagonal, que se encontraba en medio de la ciudad.

Otra explosión más, seguida de un poderoso estruendo. Siguieron cayendo de manera consecutiva las balas de los cañones, atronando el interior de la cúpula con cada impacto. El esfuerzo fue en vano. Ni un rasguño. Nada. Los rostros de los habitantes cambiaron de una manera

drástica, empezaron a perder la esperanza de escapar.

El hombre de cabellos plateados terminó de dibujar los signos.

— ¡Almas corrompidas, su purificación ha llegado! ¡Serán sentenciados a la piadosa limpieza del fuego y la muerte! —gritó mientras iba extendiendo sus brazos hacia los lados—. *Dezmeir Kanvik*.

Un aura oscura brotó de aquel hombre. Rápidamente incrementaba su tamaño. La muchedumbre no tenía a donde huir, acorralados como el ganado. Todos lo que fueron atrapados con el aura, sintieron como sus cuerpos se derretían como mantequilla.

El hechizo, mezclaba a las personas con lo que estuviera cercano a ellos. Quienes estaban cerca de los árboles, fueron atraídos hacia ellos y fusionándolos, quedaron con brazos deformes por ramas, agitándose sin cesar. Troncos llenos de articulaciones distorsionados, en ángulos extraños; otros poseían cabezas con sus bocas abiertas, gimiendo del dolor. Innumerables ojos en el césped, saltones y dilatados, junto a varias extremidades deformes, que se retorcían de un lado para el otro, se encontraban bajo los cuerpos que se separaban y unían con otros. Aquello que se observaba era inaudito, atroz, espantoso. Todo lo que fue atrapado por el aura, tomaba un color grisáceo y con una apariencia deforme.

Aquel hermoso lugar era ahora aterrador y espantoso. Era asqueroso.

El desconocido con una sonrisa malévola, observó a varios guardias que vomitaron al ver aquello. Notó a Zader conteniendo las arcadas.

Hubo una calma abrumadora. El gemido y los movimientos de la monstruosidad de la plaza, habían terminado.

El hombre de cabellos plateados levantó su brazo y el domo, fue desvaneciéndose lentamente. Sin dejar tiempo para que los guardias reaccionaran, activó el hechizo que había escrito.

Una gran sacudida empezó a desplazarse por todo el lugar y se fue expandiendo a toda la ciudad.

El terremoto desplomó las edificaciones que se hallaban detrás de los guardias. Partió en varios segmentos, el suelo de la capital. El bastión, junto a gran parte del mercado y la urbe, fueron colapsando poco a poco. Las personas corrían lejos de sus casas desesperadas.

Las llamas de las farolas fueron ahogadas por la polvareda, dejando a la

localidad ser devorada por la inmensa oscuridad.

Los edificios caían sobre la multitud. Los restos aplastaban a las personas, como lo haría las piedras al grano. Comprimiendo sus cuerpos al instante y la sangre, salía disparada a todos los lugares.

Zader surgió de la nube de polvo, arrastrándose fuera de los escombros. Se encontraba malherido, en su pierna derecha tenía una gran abertura, de la cual brotaba mucha sangre. Jadeante, trataba de acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Cuando lo hizo, distinguió los cadáveres (lo que quedaban) de sus subordinados. Era el único de todos los guardias que estaban en esa zona, que aún estaba vivo. Forzadamente, se deslizaba a paso lento sobre el suelo, que estaba lleno de un gran flujo rojo.

Maldijo una y otra vez el nombre de los dioses, al hombre de cabellos de plata y así mismo.

Solo las lunas alumbraban sobre aquella calamidad.

El capitán hacía un gran esfuerzo por no desmayarse. Había perdido demasiada sangre. Contempló, como desde las sombras y la polvareda, alguien surgía de la nada sobre los restos del edificio. A pesar del denuedo, los ojos del capitán se cerraban lentamente.

Antes de desfallecer, notó que la persona que apareció tenía el cabello color carmesí.

Capítulo 4

La Maldición

El bermejo observó todo el lugar, notó la abominación de cuerpos fusionados con la plaza y los cadáveres de los guardias en los restos del edificio. Posó su mirada en el desconocido. Todavía se hallaba intacto en su lugar. En los ojos verdes del pelirrojo, irradiaba desprecio. Hurgó en su brazal y medio asomó el puñal que conservaba oculto. Lo volvió a ocultar.

El silencio reinaba en el sitio, escuchándose de vez en cuando el sonido de las olas chochando contra el desembarcadero. Las nubes sombrías, empezaron a cubrir todo el firmamento de estrellas. Tornando el brillo de las lunas, en una iluminación mortecina.

El desconocido percibió su presencia. Lo miró fijamente mientras pronunciaba:

—Ross Garvan, señor de las desdichas —dijo en un tono irónico—. ¿Acaso tu patético servidor está demasiado acabado, como para realizar el simple trabajo de informarte? Llegas tarde, la función ha terminado. Te recomiendo te retires, a menos que quieras adelantar tu ida a las cavernas.

— ¡Cállate Infeliz! Y ahórrate tu aliento—exclamó con enojo el pelirrojo, al tiempo que sacaba su espada y el puñal de su brazal—. Ghidan, vengo a cobrar las deudas pendientes y tu sangre será el pago.

Sin mediar palabra, Ross se abalanzó con el arma en mano en dirección al hombre de cabellos argentados.

— ¿Aún tienes la idea de que puedes aniquilarme? Se nota claramente que no has aprendido nada. Han pasado cinco años de nuestro último encuentro, no creas que he estado ocioso. Quizás sea hora de ponerte en tu sitio, mocoso arrogante —pronunció mientras levantaba su mano. Ross lanzó el puñal con mucha potencia hacia Ghidan. De la palma de Ghidan, brotó una esfera de fuego azulado con un tamaño descomunal, que se dirigía hacia el pelirrojo. El puñal se desvaneció en el fuego azul.

Ross, con un hechizo que dibujo rápidamente con su espada, desvió las llamas; a pesar de haber apartado la colosal esfera flameante azulona. La inmensa energía con la que provenía, hizo que el bermejo fuera expulsado violentamente hacia atrás, cayendo de espalda sobre los restos de la muchedumbre. En un estallido, el fogonazo consumió los cuerpos fundidos con los árboles y el pasto, fue seguido de un estampido que resonó con mucha energía en todo el silencioso lugar. Haciendo que una lluvia de

ceniza, empezara a cubrir aquel sitio.

— Patético, muy patético ¿Creíste que un cuervo moribundo, lograría agredir una presa más grande que él? —expresó con mucha superioridad Ghidan, dibujando una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Pero su sonrisa cambio de manera violenta a una expresión seria. Se llevó su mano a su mejilla y sintió la sangre caliente fluyendo de ella. El puñal que Ross arrojó, le hizo un buen tajo en el pómulo. Ross se levantó de un salto. Observaba complacido, la expresión del pelo plateado.

— Tal vez sea un cuervo moribundo, pero mis garras siguen estando afiladas —pronunció Ross con perversidad— ¿Qué te pareció el recuerdo que acabo de dejarte? Hace juego con la cicatriz que te dejo mi padre.

El rostro del pelo plateado se ensombreció. Palpaba su herida, tenía un corte profundo. Se llevó su mano al frente y observó que estaba repleta de sangre. Al momento, su cuello se hinchó de la cólera, pero inmediatamente recuperó su tamaño habitual. Se limpió nuevamente el rostro y con un aire siniestra dijo:

—Fue un buen intento, uno muy bueno he de admitir. Esta herida me recordara que no debo volver a cometer el error de la bajar mi guardia frente escorias como tú —Posó una pesada mirada sobre Ross—. Y también que esto —dijo al tiempo que esparcía su sangre en el suelo—. Te sirva como recuerdo... ¡De que nunca más en tu deplorable y miserable vida! ¡Lograrás volver a tocarme, insignificante plaga!

El peso de las palabras de Ghidan, produjo estragos en Ross.

La presión que aquellas palabras llevaban, hicieron sentir al pelirrojo como si un gran y formidable halcón, abriera sus garras hacia su cuello. Como si una serpiente se enroscara sobre su cuerpo, tratando de asfixiarlo.

Totalmente irritado, arremetió nuevamente hacia el hombre de pelo plateado. Ghidan saco su espada, haciendo silbar la vaina. El pelirrojo flexionó las piernas, relampagueante, lanzó un tajo horizontal. Ghidan lo bloqueó con un empujón de su espada en forma horizontal, haciendo retroceder al bermejo. Ross lanzó varios cortes más, pero el pelo plateado los impedía sin hacer mucho esfuerzo. Esto, provocó que el pelirrojo se infundiera de furia, a tal punto que lanzaba tajos llenos de furor hacia su adversario; pero este, se lograba defender y desviar aquellos ataques sin un considerable denuedo. El pelirrojo lanzó otro tajo, pero solo cortó el aire.

El chillido del metal chocando contra el metal se escuchaba en toda la silenciosa zona.

Totalmente harto de la situación, Ross se alejó a dos pasos y con su mano libre, empezó a cargar un hechizo. El fulgor plateado resplandecía en su brazo. Ghidan sintió la *esencia* que emanaba del bermejo. Se acercó a paso rápido y con un estoque, desconcentro la esencia acumulada en el brazo derecho de Ross. El pelirrojo, reacciono a esto. Soltando su espada, sostuvo por la extremidad a Ghidan y con su mano libre, logró cargar un hechizo, que descargó sobre el abdomen del pelo plateado. Los rayos estremecieron el cuerpo de Ghidan, pero este contuvo el aliento.

Derribó al bermejo hacia el suelo, con un golpe en la mandíbula, liberándose del hechizo.

Ghidan elevó su mano. Brillaba con un tono azul. Pronunció:

— Afem Rendar. Y del suelo, surgieron unas cadenas con grilletes, que sujetaron los brazos y piernas de Ross a la superficie, conteniéndolo. Estaban al rojo vivo, quemando la piel del pelirrojo de donde estaban sujetadas. Ross se retorció del dolor.

El pelo plateado, recogió la espada del bermejo y se dirigió hacia donde yacía Ross.

—Me has sorprendido dos veces esta noche. Pero créeme, ahora serás tú quien se sorprenda —Coloco fuertemente su pie sobre el estómago de Ross, haciendo que el bermejo, arrojara una combinación de sangre y flema por la boca. Le daba vuelta a la espada del bermejo, hasta que su ojo albino se reflejó en el filo—. Recuerdo esta espada. Con ella, tu difunto padre dejó imperfecto mi hermoso rostro. No quiero verla más.

El pelo plateado asentó la espada de Ross en su mano y se la clavó en el hombro derecho. Ross soltó un alarido, estremeciéndose del dolor. De su herida, emanaba a borbotones la sangre. Ghidan, con su propia espada, le propinó un golpe a la espada encajada del bermejo. La hoja, se rompió en varios pedazos. Varios trozos cayeron al suelo, y otros sobre el cuerpo del pelirrojo. Quedando solamente, la parte de la punta que se aún encontraba incrustada.

—No hay nada más deshonroso para un guerrero, que ser atacado con su propia arma. Ya no veré esa maldita espada nunca más.

El pelo plateado se frotó por tercera vez la herida en su rostro. Lanzó una

mirada fría y certera al pelirrojo.

—Pero ahora tú me has causado otra herida más en mi rostro perfecto. Es hora de que te llesves tu sorpresa. El leve daño que me has logrado hacer, es nada comparado con lo que tengo planeado para ti.

Ghidan con un golpe de su espada, empujó el pedazo de hoja encajado en el hombro del pelirrojo, haciendo que este se retorciera y que de su herida, surgiera más del líquido carmesí.

— ¡Ni creas que con esto puedes conmigo! —gritó Ross, mientras de un salto se levantaba del suelo. Pero las cadenas lo obligaron a caer de rodillas. Hacía un esfuerzo por librarse de su aprisionamiento—. Infeliz, veras de lo que soy capaz ahora.

Los ojos del pelirrojo se tornaron similares a los reptiles. Su jadeante respiración paso a ser una más calmada. Se irguió de su sitio, forzando las cadenas que le apresaban. Ghidan observó todo. Sonrió, mientras envainaba su espada.

De los grilletes, miles de descargas eléctricas que paralizaron a Ross.

—Ross, no se me escapa ningún detalle. Estoy a diez pasos delante de ti, jamás lograras vencerme. Perp tan obsesionado estas en acabar conmigo, que estas en la necesidad de abandonar tu humanidad. ¿Serias capaz de morir, con tal de que yo acabe en una tumba?

—Si tengo que morir para que tú también mueras —dijo Ross con el rostro en alto, luego de lanzar un escupitajo de sangre a las botas de Ghidan—. Con mucho gusto moriré.

—Que así sea. Has dictado tu sentencia.

Decenas de rayos, surgieron de la nada. Y donde se estrellaban, reventaba en luces y relámpagos. Bajaban del manto de nubes oscuras en forma irregulares. Acabaron con el silencio que reinaba en el sitio.

Ghidan miró al cielo y percibió que el viento arreciaba con furia, arrastrando toda la tierra, escombros y algunos muertos. Y que las nubes, ocultaron las lunas. Quedaron sumidos en la total oscuridad, siendo iluminados únicamente con la luz de los relámpagos, que aparecían en breves, pero números momentos. Se acercó al pelirrojo y se embarró con la sangre de Ross, la mano izquierda y de su propia sangre, con la mano derecha. Empezó a estrujarse las manos, combinando la sangre. Mientras

la mezclaba, iba recitando unas extrañas palabras.

Ross conocía perfectamente ese idioma. No era el idioma de los magos.

Era el de los brujos.

—*Fi da luajadu noctombelur, te he cemel kuria da enekun sia he emelziania. Jiba guzolfar tareuk galmaci* —Mientras pronunciaba estas palabras, se frotaba las manos. Gracias a la luz de las descargas que provenían del cielo oscurecido, Ross notó que la mezcla de sus fluidos tomaba un color verdoso. Se extendía lentamente por ambas manos de Ghidan, hasta cubrirlas de la verde maldición. Ghidan prosiguió con su rito, mientras el pelirrojo trataba de frozar los grilletes. Sus esfuerzos fueron en vano.

No pudo escuchar nada más, los relámpagos, habían extinguido el sonido de las palabras del pelo plateado.

Ghidan colocó sus manos verdosas con fuerza, a los costados de la cabeza de Ross.

El pelirrojo movía la cabeza de un lado a otro, tratando de escapar de aquella brujería. Pero el pelo plateado tenía su cabeza bien inmovilizada. Poco a poco, el verde de su mano fue disminuyendo su intensidad, al tiempo que se enterraba por los ojos y la boca de Ross. Un gran dolor de cabeza sacudió a Ross. Era un dolor inaguantable, pero aun así no gritó. Ross se agitaba, mientras la maldición entraba a su cuerpo.

Oía en su mente las palabras que Ghidan había articulado, inclusive las que no pudo escuchar.

«Invoco la oscuridad de la noche, para que sea testigo de mis palabras. Con ellas proclamo que desde hoy, tu odio y furia hacia a mí, serán tu perdición. Nuestras almas ahora estarán unidas. En el momento en que deje de existir, tú también lo harás. No podrás darme muerte, sin acabar con tu patética vida. Más yo podre robar tu vida, sin perecer. Ahora nuestros destinos se han vinculado, ahora tu vida me pertenece. Que tú mayor deseo, sea ahora tu mayor tortura. Que tú más grande anhelo, sea también tu mayor sacrificio. En el nombre de la misma oscuridad así lo declaro. Así te maldigo.»

El bermejo no logró aguantar más y gritó. Su grito, resonó por encima de los relámpagos.

Una flecha rozó los brazos de Ghidan. Interrumpiendo la maldición.

Ross convulsionaba, retorciéndose por todo el suelo. El pelo plateado entrevió una sombra entre los escombros. Los incesantes rayos alumbraron la silueta. Esta figura, tensaba su arco hasta más no poder.